

Las horas lentas del otoño

Marbella, 15 de septiembre del 69

El tiempo pareció detenerse, no sé cómo ocurrió, pero nunca se me olvidará. Fue como si un silencioso reloj de arena se atascara para siempre, pillando a todos por sorpresa, y a nadie pareciera importarle. Y también recuerdo que fue exactamente la tarde del quince de septiembre de 1969.

Aquel verano fue como de costumbre en Marbella, mucho sol de día y frío de pleamar por la noche. Tímidas medusas balanceándose en las mareas, olas rítmicas con la espuma rompiendo sobre los bancos de arena. Y el levante, ese levante mediterráneo y salado que nos traía en rachas las campanadas de la iglesia de la Encarnación.

El pueblo se veía rodeado por las casas nuevas, más que el año anterior, levantadas sobre calles largas trazadas paralelas al mar con sus hileras de plátanos en formación. Eran casas de tejados rojos y jardines recién plantados. Ya se distinguían las primeras palmeras creciendo desafiantes y solitarias, y se dibujó un paseo marítimo que se adentraba en el olor a eucalipto de los bosquetes que oscurecían la orilla del mar.



Fuente de la Alameda en 1965

Nuestra casa era blanca y estaba junto a una escuela abandonada, entre la Alameda y la playa. El verano se me iba junto a la gran fuente redonda que para mí era un inmenso estanque de nubes planas, lleno de peces que parecían felices de dar vueltas y vueltas sin más, en círculos verdes que reflejaban el mar cercano. Igual me parecía la gente del pueblo, siempre me daba la impresión de que daban vueltas y vueltas por las mismas calles, entre las mismas tiendas, estrechas y de sombras verdes, pero parecían intuir el mar detrás de las últimas casas, y eso les tranquilizaba, como a los peces.

Sin embargo, como aprendí ese mismo año, las cosas ocurren por casualidad y de repente, no suelen tener sentido y pueden cambiar todo lo establecido. No deberíamos estar allí a mediados de septiembre, porque en unos días empezábamos el colegio en Málaga, pero una enfermedad contagiosa se extendió ese verano como una plaga por la ciudad y se declaró una cuarentena. Eso cambió mi vida, pero eso solo lo sé después de tanto tiempo.

El tiempo largo y profundo de septiembre, que adelantó el otoño en un segundo inmenso, era un tiempo de tarde lenta, de lenta luz, incapaz de ser medido ni pensado. Las conversaciones de los mayores, que tomaban el café callado de la siesta en el jardín en la casa de al lado, se desvanecieron en ecos que huían hacia la frondosidad de la Alameda, donde quedaron atrapadas para siempre, en todos los otoños del futuro, en su vegetación.

Recuerdo claramente escuchar, desde lo más profundo de mi siesta, los comentarios de envidia, atenuada por el calor, por las biznagas que le hacía Isabelita, *la negra*, a la tía Mariana. Todas las mujeres de la familia suspiraban por una biznaga pero *la negra* solo se las hacía a su señora. Las componía con mucha paciencia sentada a la sombra del patio de la cocina, después de recoger la mesa y servir el café, con el jazmín que cortaba de los jardines del Faro.

Fue el verano que cumplí nueve años de edad. Pude contemplar por primera vez la calma de esas tardes largas de final de verano, que sobrevolaban las calles hasta el anochecer.

Y en la tarde del quince de septiembre, súbitamente, como ocurre todo cuando tienes nueve años, al levantarme de la siesta salí al jardín, y de pie bajo la sombra del ficus, vi como una brisa de poniente traía el otoño del atlántico, en un vuelo rasante que prácticamente rozaba el mar, y sobre esa brisa venía cabalgando una luz de océano, limpia y transparente, que transformaba todo lo que yo podía alcanzar con la mirada. Entonces supe que viviría siempre aquí.

Esa tarde, al detenerse las horas y hacerse el silencio, pareció que se iluminaran todos los recovecos de mi alma, y todos los rincones y pasajes del pueblo. Pareció que las calles nuevas trazadas con tiralíneas se ensancharan de repente para hacer paso a la luz que subía desde el puerto.

Es como si los nueve años de mi existencia se aclararan de repente y cobraran sentido, y sus miedos y misterios se resolvieran, se hicieran livianos de tanta luz. Desde entonces tengo que estar aquí en el septiembre de Marbella, para entender la vida con las manos jugando en el estanque verde, y que la llegada por sorpresa del otoño me pille mirando al mar.



José María Sánchez Alfonso. Verano de 2013

Socio de Marbella Activa

Miembro del Club de Poetas Urbanos